

DE ESCUELAS & MAESTROS

Patrocinio Ojuel Pellejero



En el Museo Pedagógico de Aragón se conservan algunas fotografías tomadas en los primeros años veinte en la Escuela de Ramón y Cajal de Zaragoza. Allí ejercieron Guillermo Fatás Montes, director de esta escuela hasta que abrió sus puertas en 1919 el Grupo Escolar Gascón y Marín, y a quien le dediqué una de las primeras columnas de esta sección, y su esposa, Patrocinio Ojuel Pellejero (Zaragoza, 1876-1961), maestra especialista en educación de párvulos e introductora del método Montessori en Aragón. La fotografía que hoy quiero comentar es muy importante porque nos muestra la evolución que se produce durante las primeras décadas del siglo XX en el concepto de infancia, en el de aprendizaje y en la manera de entender el trabajo de las maestras. Los niños que se sientan en estas sillitas Montessori son el centro del proceso de enseñanza-aprendizaje. Se reconoce que necesitan moverse, que para aprender tienen que actuar sobre la realidad manipulando distintos tipos de materiales, que tienen necesidad de jugar porque el juego es su ocupación natural y que aprenden jugando. Además el mobiliario que se ve en la fotografía permitía a doña Patrocinio establecer grupos de diferente composición –homogéneos, heterogéneos– para que los niños colaboraran y se ayudaran en la realización de las tareas propuestas. También podía colocar las sillas en círculo para las asambleas y, si hacía buen tiempo, los niños salían con sus sillitas a continuar la clase al aire libre.

La pedagogía que perdimos

Patrocinio Ojuel conocía las ideas de María Montessori, primera mujer licenciada en Medicina en Italia. Conocería más teorías de las denominadas de la Escuela Nueva, ese amplio movimiento de renovación pedagógica que se extendía por Europa reclamando luz y ventilación en las aulas, ejercicio físico y una enseñanza activa, lúdica, basada en los intereses del niño. En España, esta pedagogía moderna, europea, centrada en el niño y lúdica terminó con la Guerra Civil. José Talayero Lite, director del Hogar José Antonio de Zaragoza, en un curso para maestros celebrado en Burgos en 1938, anunció que frente a esa pedagogía insípida, basada en el juego y en el absurdo naturalismo de Rousseau, el régimen proponía la Pedagogía del dolor. Solo así se podía hacer realidad el tipo de español al que aspiraba José Antonio Primo de Rivera: «Mitad monjes, mitad soldados». Los maestros de los movimientos de renovación pedagógica de los años setenta trataron de recuperar la pedagogía que los maestros aragoneses ya conocían y practicaban en los años veinte y treinta: Montessori, Decroly, Freinet... Lo que realmente duele es pensar en la escuela que perdimos, en el país que no pudo ser.

Por: **Víctor Juan**
Director del Museo Pedagógico de Aragón